

M^a del Mar Sánchez Verduch*

MAESTROS DE OBRAS EN LA VALENCIA GÓTICA: PERSONAJES POLIFACÉTICOS

En buena medida la extraordinaria versatilidad que manifiestan los maestros constructores de la época a la hora de enfrentarse a cualquier proyecto, edilicio o urbanístico, halla sus causas en un tipo de formación específico que debemos calificar en primer lugar como una formación mixta donde la teoría y la práctica tienen un protagonismo parejo; sin embargo, los conocimientos teóricos que se aplicaban en la época al terreno de la construcción eran enteramente empíricos, estaban basados en la geometría pero ésta era un geometría de carácter experimental, lo que realmente importaba era el resultado y no tanto la comprensión intrínseca de sus principios aritméticos. Estos conocimientos no aparecerán sistematizados a la manera de los posteriores tratados de arquitectura, como mucho encontraremos cuadernos de apuntes y dibujos que no hacen sino darnos la razón en este sentido, el más célebre ejemplo sería el *Cuaderno del siglo XIII* de Villard de Honnecourt. Estos saberes al igual que los correspondientes a la parte práctica se aprendían en el mismo lugar: en el seno de los talleres, logias o núcleos de trabajo transmitidos de padres a hijos o de maestros a aprendices y enriquecidos con la aportación personal de cada uno de ellos conforme se adentraban en el campo profesional. En esos mismos talleres o núcleos de aprendizaje se producía el contacto con los materiales pertinentes al mundo constructivo; no existiendo en principio una delimitación rotunda a la hora de tratar un material concreto, por ello es fácil encontrar nombres de maestros relacionados de igual manera con varios campos:

* Universitat de València.

albañilería-carpintería o cantería-carpintería, de ellos se encuentran múltiples ejemplos en el caso valenciano.

El maestro de obras era aquella persona que por su preparación y experiencia se encontraba capacitada para diseñar o proyectar un edificio o parte de él indistintamente del material utilizado, de ahí que nos encontremos con *mestres d'obra de vila* y *mestres de pedra picada* ejerciendo como tales en este sentido; nombres como los de Francesch Martíncz Biulaygua, Joan del Poyo, Jaume Gallent, Guillem Bonfill, Andrés Julià, Anthoni Dalmau, Francesch Corts, Joan Franch, Francesch Tona, Pere Balaguer, Francesch Baldomar o Pere Compte entre otros, dan muestras de ello. Sin embargo, esto no debe hacernos pensar que todos aquellos que se encuentran documentados con la denominación de maestros estaban al tanto de tan importante cometido; casi con toda seguridad, esta faceta de la maestría, que con ser la más prestigiosa era sin duda la más difícil, debió de ser explotada por una minoría. A pesar de esta discriminación en favor de unos pocos, el título que aludía al magisterio era utilizado por muchos más, estribando tal razón fundamentalmente en que la labor de traza de una obra no era la única inherente a esta titulación.

El término maestro de obras estaría vinculado a la tarea directiva, cuestión aparte de que un maestro determinado fuese o no el diseñador de la obra en la que trabajase. Una vez ostentaba este calificativo, una de sus responsabilidades era la de dirigir y coordinar al resto de trabajadores que realizaban su labor bajo las órdenes de aquél. El estar al tanto del buen desarrollo de la obra implicaba no sólo la vigilancia estrecha de los obreros, sino también el cuidado puesto en cuestión de materiales; no era extraño, a juzgar por la documentación, que el maestro se encargase de aprovisionar de todo lo necesario para realizar los trabajos diarios en cualquiera de las construcciones de la época, desde una simple cuerda, pasando por una escalera, hasta la propia piedra que se iba a utilizar; por ello y para ello podía desplazarse a la misma cantera y desde allí, directamente, supervisar y vigilar la faena que se efectuaba *in situ*; en este cometido podemos documentar a Pere Balaguer en varias ocasiones: del 17 de marzo al 4 de abril de 1393 se encontraba en la cantera de Almaguer, término de Alginet, supervisando los trabajos que allí se efectuaban y en 1395, realizó tres viajes a la cantera de Bellaguarda, en Benidorm, para inspeccionarla y recoger materiales (AMV: SMV, d «3»-5, f. 7v. y d «3»-7, ff. 135 y otros). En ocasiones el maestro se hacía cargo del desembolso del coste de los materiales o de las herramientas, cantidades que le eran abonadas por el administrador de la obra bien después, bien con antelación en caso de tratarse de algo establecido de ese modo en el contrato. Valgan como ejemplos de estas atribuciones el caso de Joan del Poyo a quien se le pagan, el día 2 de enero de 1421 además de los 5 sueldos correspondientes a su salario, 6 sueldos más que cubrían los gas-

tos por la madera y otros materiales que él se encargaba de proporcionar (AMV: *SMV*, d «3»-26, f. 152v.), o el caso de Jacme Pérez que en 1461 recibe, junto a otros trabajadores, 12 sueldos por velar las torres de los Serranos y administrar todo lo necesario (AMV: *SMV*, d «3»-61, f. 192v.); de igual forma podía hacerse responsable del pago a sus ayudantes, llegando incluso a buscarlos él mismo de acuerdo con sus criterios de elección, pongamos como ejemplo a Pere Compte trabajando con motivo de la entrada del príncipe D. Fernando en 1472, los 36 sueldos que le fueron entregados por el *sotsobrer* debían cubrir su trabajo y la contratación de los ayudantes que él considerase necesarios (CARRERES. 1925, p. 141). También podía proporcionar directamente el material siendo éste de su propiedad, convirtiéndose así en una fuente de ingresos nada desdeñable a añadir al salario percibido por su mano de obra; un ejemplo paradigmático de este tipo de maestros-empresarios tiene su manifestación en Jacme Lombart y los múltiples documentos que a lo largo del siglo XV hacen referencia a estas actividades. La supervisión de las obras y el control del rendimiento de aquéllos que estaban bajo su mando eran logros valorados por las autoridades que se traducían, llegado el caso, en alguna compensación extraordinaria como los 4400 sueldos que se le conceden a Pere Balaguer (AMV: *SMV*, d «3»-11, f. 233v.).

El maestro de obras podía participar como testigo cuando se realizaban determinados pagos; así, Jacme Pérez en 1461 además de suministrar el material necesario en la vela y luminarias de las torres de los Serranos interviene como testigo del pago del mismo (AMV: *SMV*, d «3»-61, f. 91v.). De igual forma se requería su presencia a la hora de sugerir el coste de una obra encargada a otros maestros tal como se desprende de la documentación a lo largo de este periodo; atendiendo a esta vertiente de su actividad laboral encontramos a Pere Balaguer que justipreció el 29 de noviembre de 1414, junto a Francesch Tona, el trabajo realizado por Joan Lobet y sus ayudantes en la cantera de Benidorm con motivo de la cruz del camino real de Játiva que debían llevar a cabo (CARRERES. 1927, pp. 83-108); unos años más tarde, en 1424, se documenta de nuevo a Pere Balaguer en calidad de maestro de obras dando su opinión, junto a Bartolomé Coscollá, platero, acerca de los trabajos efectuados en el trascoro de la Catedral (SANCHIS. 1926, p.36); en 1444 encontramos a Francesch Baldomar y a Jacme Gallent contratados por los jurados de la ciudad para emitir su opinión sobre las obras a realizar en la Acequia Nueva, sita en la marjal de Valencia (AMV: *MC*, A-32, f. 201v. 2º libro) y en 1452 a Jacme Gallent emitiendo su opinión acerca de las obras en el Archivo del Racional (AMV: *SMV*, d «3»-54, f. 150r.). Las opiniones de los maestros eran contempladas como algo valioso pudiendo abandonar el trabajo que estuviesen desempeñando para dedicar su atención momentáneamente a tales fines. En esta línea del testimonio podían actuar en lo tocante a venta de materiales; de esa guisa hallamos a Domingo

Beneyto con motivo de los trabajos a realizar delante del portal de los Serranos y las bóvedas de Santa Ana en enero de 1400 (AMV: *SMV*, d «3»-12, f. 5r.). Su presencia se requería también como tasadores de las indemnizaciones de casas o solares que debían dejar de serlo para atender a otras objetivos o casas que debían justipreciarse por haber sufrido alguna circunstancia adversa, tómesese por caso el representado por Jaume Gallent y Guillem Bonfill en 1448, encargados de tasar algunas casas situadas delante del portal de los Apóstoles cuyas paredes de la fachada debían derribarse y construirse más atrás (CÁRCEL. 1992, p. 574). Tampoco resultaba extraño que un maestro viajase a determinados lugares para ver otras obras y entrar en contacto con otros colegas que permitiesen un mayor enriquecimiento del saber de estos artistas; este sería el caso de Pere Balaguer quien en 1392 viajó por diversos lugares de Cataluña con el fin de elegir un modelo acertado para el portal de los Serranos a él encomendado y años más tarde, en 1414, hizo lo mismo para realizar el Miguelete (ALMELA. 1959. pp. 27 y 38).

De entre las muchas actividades que realizaban estos hombres en tierras valencianas, una buena dosis de importancia recaía en aquellas concernientes al adobo de caminos, construcción de cruces terminales, realización o supervisión de acequias, puentes, molinos y partidores, como se desprende de los múltiples ejemplos en que los maestros se dedican a este tipo de tareas; muestras de ello las encontramos en las actuaciones de Andrés Julià, quien en 1362 inspeccionó por completo la acequia de Favara e hizo un inventario de sus partidores (GLICK. 1988, pp. 368-369); Pere Balaguer, que en 1390 se le cita haciendo un partidor para el molino del Pintor (AMV: *SMV*, d «3»-2, f. 116v.); Domingo Beneyto, a quien se le documenta ese mismo año trabajando en el puente de Castellón (AMV: *SMV*, d «3»-2, ff. 204v. y 231); Joan del Poyo, que junto a Jacme Gallent y a Pere Abelló, trabajan en 1406 en la cubierta de la cruz del camino de Játiva (AMV: *SMV*, d «3»-17, ff. 43v.-44r.); Matheu Teixidor que se le cita en los trabajos del puente de la Trinidad en 1403 (AMV: *SMV*, d «3»-15, ff. 8v. y 10); Andreu Valero reparando en 1456 la acequia de Robella (AMV: *SMV*, d «3»-58, ff. 73r. y ss.) o Arnau Agrafull que en 1401 repara dos trozos de acequia sitios delante de la carnicería nueva y en la plaza de la Higuera (AMV: *SMV*, d «3»-13, f. 119v.). Así mismo, se les encomendaba la limpieza y mantención del lecho fluvial, los desvíos del río cuando estos se hacían necesarios, la limpieza de abrevaderos, la construcción, reparación o mantenimiento de alcantarillas en perfecto estado o la limpieza de los valladares de la ciudad. Los conocimientos de estos hombres les permitían dedicarse a actividades que escapan de lo propiamente constructivo para adentrarse en el terreno de la técnica, la ciencia o la hidráulica. Casos como los vistos referentes a las acequias y partidores son prueba de ello; sin ser técnicos hidráulicos en un

sentido exclusivo, algunos maestros de obras poseían los suficientes conocimientos en el campo de la técnica para aconsejar a la hora de construir acequias, tomar aguas de los ríos o resolver algún conflicto entre regantes. Evidencia de sus conocimientos técnicos son los casos en los que un maestro se encarga de realizar artefactos para la guerra, téngase en cuenta las figuras de Joan del Poyo y Joan Amorós que en 1430 llevaron a cabo la ejecución de diversos *ginys* o máquinas de guerra (SERRA. 1994, p.117), u otros casos en los que el maestro en cuestión se hace cargo de elaborar ciertas materias como el betún empleado en las torres de los Serranos por Pere Balaguer en 1393 (ALMELA. 1959, p.30). El realizar todo este tipo de actividades variadas y en la mayoría de los casos de cierta importancia no les eximía de desempeñar labores de *piquer* u *obrer* como cualquier otro trabajador sin cualificación de maestría, pudiendo realizar labores tan comunes como el cierre de un agujero en un muro; entre los muchos ejemplos que hay tomemos como ilustrativo el de Pere Bonfill quien recibe 6 sueldos el 22 de junio de 1468 por cerrar un agujero hecho por los prisioneros de la Prisión Común (AMV: SMV, d «3»-68, f. 47). El maestro podía participar también en el traslado de escombros de un sitio a otro por diversas causas y para distintos fines; así encontramos a Guillem Bonfill que en 1448 recibe 122 sueldos que debía compartir con otros por los trabajos de retirar la tierra de una pared que se había caído ocasionando la muerte a varias personas (CÁRCEL. 1992, p.573). El traslado de material utilizable desde un lugar a otro también era contemplado como una tarea más a desempeñar, de ese modo no resulta difícil encontrarnos con maestros encargados de trasladar madera, hierro y otros materiales hasta una obra en cuestión para ser reutilizados; tampoco es extraño que se les encargue despejar de material una obra concreta tras una avenida del río o una lluvias fuertes; Jacme Gallent trabajaba en 1450 retirando la madera acumulada en la acequia del honorable Francesch Mascho (AMV: SMV, d «3»-52, f. 34r.). En otras ocasiones simplemente se le pedía al maestro que rescatase el material arrastrado por el agua desde su lugar de origen, puede verse ejemplificado de nuevo en Jacme Gallent quien se encargó de recuperar la madera arrastrada por la avenida en el camino de la Mar en el mismo año citado arriba (AMV: SMV, d «3»-52, f. 77r.).

Por otra parte, el engalanamiento de torres y portales, la realización de luminarias y su cuidado para celebrar determinados actos y festividades afectaban en la misma medida a maestros y a trabajadores sin cualificación especial, unos y otros se hacían cargo de este tipo de trabajo sin que el salario que se les concedía nos sirva para distinguir el rango que debía diferenciarlos dentro de la escala profesional; tómnese como ejemplos de lo dicho a Jacme Pérez que en 1461 recibe, junto a otros trabajadores, 12 sueldos por velar las torres de los Serranos y administrar todo lo necesario (AMV: SMV,

d «3»-61, f. 192v.) y a Pere Compte que en 1474 recibe un real por velar en las torres al igual que sus compañeros de diferente categoría profesional (AMV: SMV, d «3»-72, f. 66).

A todo lo dicho debe añadirse una serie de trabajos de distinta índole que van desde la realización de puertas, bancos o mesas pasando por las diversas reparaciones en viviendas privadas o edificios públicos, la construcción de andamios, las reconstrucciones de muros y tabiques, los adobos de pasaderas o palancas del río y la limpieza de pozos, hasta la construcción de artefactos para la conducción de las aguas en el interior de la ciudad.

Conocedores de materiales diferentes, los maestros manifestaban su destreza en el dominio de los mismos ya fuese piedra, ladrillo, argamasa o madera; respecto a este último material el trabajo del maestro se deslizaba en ocasiones a terrenos propios de los *fusters* como la imaginería lignaria o las estructuras de madera y no en balde en más de una ocasión encontramos personajes citados en los documentos como *mestres fusters* o *mestres d'obra de vila* indistintamente. Casos como el de Domingo Beneyto, Domingo Valero, Jacme Gallent, Joan del Poyo, Bernat Thuro o Andreu Valero nos muestran esa estrecha relación. Al primero lo encontramos en 1393 con la categoría de maestro dentro del listado de *fusters* y en alguna ocasión se le cita como *obrando en la dita obra* (AMV: SMV, d «3»-5, ff. 130 y ss.). En 1403 Domingo Valero aparece en las obras del puente de la Trinidad y del portal de los Catalanes como *fuster* (AMV: SMV, d «3»-15, f. 72). Jacme Gallent realiza en 1441 una maqueta en madera para la nueva torre que debía construirse para la Cámara de los Ángeles en el Palacio Real de Valencia (ARV: *Real Patrimonio. Bailía* –libros–. Sig. 46. Microfilm 1628, 1629. F. 38) y, entre los años 1443-1445 percibe de salario 5 sueldos por jornal en calidad de maestro *per la obra de fusta* (AMV: SMV, d «3»-45, f. 7). A Joan del Poyo no podemos obviarle en este punto, pues sus trabajos en el ámbito de la carpintería nos hablan de una pericia que se despliega en tres sentidos: el artesanal, el técnico y el constructivo propiamente dicho. Bernat Thuro aparece en los listados de la *Sotsobrería* como *obrer de vila* y con el rango de *mestre* o de *mestre d'obra de vila*, esto sin embargo, no es óbice para que en 1403 se le documente con la misma profesión pero con rango de *mestre d'axa* (AMV: SMV, d «3»-15, ff. 13r.-17v.). A Andreu Valero se le otorga la categoría de *mestre de la ciutat* y siendo *obrer de vila* se le documenta trabajando en 1455 en el portal de Quart en el listado de los carpinteros como *fuster* y conservando el mismo rango de maestría (AMV: SMV, d «3»-57, f. 52v.). No sólo los *mestres d'obra de vila* se veían involucrados en tareas propias de los *fusters*, la capacidad de desarrollar distintos trabajos posibilitaba la confluencia de aquellos referentes a la piedra y a la madera en una misma persona; así, Pere Balaguer, *mestre pedrapiquer*, cobró 4 sueldos y 6 dineros por realizar las cimbras de madera para la bóveda del

puente de la acequia del Obispo el 23 de noviembre de 1390 (AMV: SMV, d «3»-2, f. 139v.).

La pluralidad manifiesta de estos personajes a la hora de enfrentarse al mundo constructivo nos obliga a plantearnos si nació a resultas de su capacidad o de las necesidades concretas de una época, ¿cuál es la causa que explica la confluencia de todas estas actividades en una misma persona? la respuesta inmediata apuntaría a la capacidad de esos personajes como producto de su formación, una respuesta que con ser cierta no es completa ya que esa preparación estaría condicionada y potenciada a su vez por otros factores que explicarían en último término el por qué de esa variedad que caracteriza al maestro de obras gótico valenciano. La clave que permite mantener y fomentar una enseñanza que capacite a estos personajes para desarrollar una labor polifacética debemos rastrearla en el seno de la necesidad que nace de unas circunstancias concretas. La versatilidad de los maestros de obras valencianos del periodo gótico no habría podido darse tal como se dio de no haber disfrutado de una formación adecuada, con su característica mixtura entre la teoría y la práctica, y de un cierto nivel de libertad para poder ejercer sus conocimientos sin cortapisas. No obstante, el sistema de aprendizaje de la época, en estos ámbitos que a nosotros nos ocupan, y la situación corporativa que afectaba a sus integrantes no pueden entenderse como algo autónomo que surge y se desarrolla de manera independiente a las circunstancias del momento; son éstas quienes hacen posible que las cosas sean como son y no de otra manera, quienes marcan los comportamientos adaptándolos a las necesidades concretas, eliminando aquello que no sirve y potenciando aquello que responde favorablemente a los requerimientos de determinadas situaciones. La capacidad del maestro de obras en la Valencia gótica para desenvolverse en situaciones diversas sería, pues, producto directo de una formación apropiada e, indirectamente, resultado de las necesidades que fomentaron dicha preparación al encontrar en ella un instrumento acorde a sus fines.

Los acontecimientos políticos, económicos y sociales provocaron un comportamiento peculiar en la sociedad valenciana del medioevo gótico. Al abrigo de los mismos, surgió una respuesta social que alcanzó tanto al medio público como al privado; las autoridades municipales, la iglesia y el patriciado urbano, cada uno con los medios de que disponía a su alcance, se convirtieron en los responsables del impulso dado al panorama constructivo y urbanístico durante este periodo. La firme voluntad de los organismos del momento por otorgar a la ciudad una imagen en consonancia con los nuevos tiempos y las nuevas gentes fue evidente desde el principio y continuó manifestándose a lo largo de los años. Todo ello suscitó una demanda creciente de personas capacitadas para actuar desde sus profesiones conforme a los principios propuestos, fomentando de manera inconsciente una preparación

acorde a las circunstancias y completamente distinta a la que se verá en siglos posteriores.

Desde los primeros momentos en que los nuevos pobladores llegaron a las tierras del Turia la imagen del maestro de obras comenzó a configurarse de una manera peculiar paralelamente a como lo hacía la propia ciudad. En el orden constructivo las cosas comenzaron a cambiar apenas recién estrenado el dominio cristiano y aunque durante un tiempo perdurasen algunos rasgos islámicos, la tendencia a hacerlos desaparecer era evidente y casi inevitable.

Durante el siglo XIV esta labor de supresión/dotación de una imagen concreta sólo cesaría en aquellos momentos en que, a causa de las catástrofes epidémicas, políticas y, por ende, económicas, se hacía difícil continuar en la brecha abierta sin descuidar con ello otros aspectos más urgentes. El empeño que en la renovación de la imagen urbana puso el Consejo Municipal de Valencia se proyectó y consolidó a lo largo de la centuria siguiente, dando vida a sus propias iniciativas civiles y apoyando las nacidas de la órbita religiosa o de la esfera privada. A finales del trescientos la figura del franciscano Francesc Eximenis, vino a dar forma teórica a aquello que sin duda los jurados de la ciudad se plantearon desde el inicio de su protagonismo en la escena pública, es decir, la cristianización de su morfología urbana. Su obra *Lo regiment de la cosa pública*, escrita en 1384, se convirtió en estandarte para las ideas de los jurados valencianos; así, teoría y práctica establecieron una fuerte trabazón permitiendo resultados evidentes y, día a día, más afianzados en el panorama de la época. Aunque las consecuencias de la guerra con Castilla —1356-1365— tuvieron un eco siniestro en el panorama económico y demográfico, como todo acontecimiento bélico, a resultas de la misma tomaron forma las nuevas relaciones entre el monarca y la ciudad; por una parte como producto de estas circunstancias nació la Diputación del General cuya finalidad era poner en manos de los brazos estamentales el control de los subsidios ofrecidos a la causa real; por otra parte, y esto es especialmente interesante para nosotros, el poder de Valencia sobre la producción frumentaria del país, tan necesario para el desarrollo de la ciudad, aumentó gracias a los privilegios concedidos por el monarca en agradecimiento a la actitud de estas gentes. Apenas soslayadas las circunstancias negativas el interés hacia el tema urbanístico se manifestó en toda su magnitud. La rapidez, el ímpetu y la intensidad con la que vieron la luz los objetivos asombra y explica, entre otras cosas y en parte, el por qué de la escasez de la herencia musulmana en la ciudad de Valencia comparada con otras ciudades de España. El último cuarto del siglo XIV —terminada la guerra y firmado el Tratado de Almazán— presenta una imagen de franca recuperación que anuncia el auge que en años próximos vivirá la ciudad; la agricultura poco a poco se iba especializando, el comercio exterior y

la demanda interna de plantas industriales cada vez era más fuerte, la ganadería se encontraba en un buen momento, la industria textil se enfrentó a la crítica situación de manera favorable y la ciudad comenzó a configurarse como punto importante en el tráfico del Mediterráneo; todo ello provocó que el centro económico de la Corona de Aragón se desplazase desde Cataluña hasta Valencia y las consecuencias de tal proceso se tradujeron en la dotación de una imagen acorde con las circunstancias. El Consejo Municipal convirtió su propósito de embellecer la ciudad en algo de tal importancia que deberíamos entenderlo casi como una cuestión con valor propio e independiente. Todavía más si se habla del siglo XV a tenor de la documentación, pues durante esa centuria las labores urbanísticas, al unísono con las empresas constructivas, tomaron un auge que, si bien había sido preludiado en el siglo anterior, no se había conocido en toda su extensión. No significa que durante esos años no surgiesen desavenencias en el seno político de la ciudad, sin embargo, ésta siempre se mostró fiel a la causa real, fidelidad que puede tener su explicación en las circunstancias favorables por las que atravesaba Valencia que le permitía obedecer las demandas, en dinero, hombres o armas. A pesar de que la política, y con ella las relaciones sociales y económicas, fue cambiando durante este siglo, evolucionando hacia nuevas formas, los cambios se realizaron de manera paulatina sin ocasionar movimientos bruscos que permitiesen desestabilizar el panorama general; de esta manera podríamos concebir una especie de visión de conjunto del siglo XV contando siempre con la desventaja que supone disponer de unos informes precarios que nos impiden acercarnos de manera más objetiva al por qué de una época, pero que pueden servirnos de referencia para aproximarnos a la escena que mostraba el cuatrocientos valenciano y comprender, en cierto modo, las actuaciones en materia de urbanismo que ejecutaba la municipalidad.

Fruto del deseo desde el inicio perseguido por los conquistadores fueron las empresas constructivas de todo tipo; el mismo empeño se puso en conseguir una red de alcantarillado adecuada, unas murallas duraderas o unos caminos y acequias en condiciones, como en levantar edificios, de manera total o parcial. En toda esta fiebre edilicia y urbanística debe contemplarse el papel desempeñado por el mecenazgo real, los intereses particulares de la clase aristocrática y de la iglesia y, en especial, los deseos de las autoridades municipales que se convirtieron en cauces idóneos para guiar e impulsar todo este propósito a partir de las actuaciones políticas pertinentes. Tras la idea de dotar a la ciudad de una imagen «digna» se esconden intereses que al menos podríamos clasificar en tres tipos: En un primer momento aparecerían los que podríamos denominar de tipo religioso, aunque en ellos se implicarían también factores de otra índole. En segundo lugar las necesidades funcionales que se desprendían de la nueva situación de Valencia como foco comercial y próspero; de tal forma que, atendiendo al patriciado urba-

no, las autoridades municipales buscarían la solución más adecuada para conducir los cauces de la nueva economía. Finalmente, pero no por ello menos importante, estarían los intereses propagandísticos de la ciudad que pretendía manifestarse en todo su esplendor tanto a los ojos de propios como de ajenos a la misma.

Puestas manos a la obra, las calles tortuosas de raíz islámica se vieron remplazadas por otras rectilíneas que facilitarían el paso, la ventilación y la luz; para ello se derribaron casas, se retrasaron fachadas, se eliminaron saldedizos y pórticos; la misma suerte de intervención sufrieron los llamados *atzucacs* o callejones sin salida que fueron suprimiéndose en la medida de lo posible; con ello se pretendía además evitar la falta de higiene en las calles, aspecto que preocupaba bastante si tenemos en cuenta las órdenes de mantener limpias las mismas por cuenta de los propios vecinos. Por otra parte, las plazas se convirtieron en lugares importantes tanto por las actividades que en ellas se efectuaban —fiestas, comercio, etc.—, como por el deseo de potenciar la monumentalidad de las construcciones que precedían. Estas construcciones podían ser religiosas o civiles, en los dos casos contaron con el apoyo de la Ciudad; de un signo u otro, es lo de menos, con ellas Valencia se aseguraba de una vez por todas que su prestigio se encontraba a buen recaudo.

De todas estas actuaciones nos hablan las labores de tasación de viviendas que salpican las listas de las cuentas de la *Sotsobrería de murs i valls* y los folios de los libros del *Consell*; para ello no sólo se contrataba mano de obra sin cualificar sino que se contaba con la presencia de maestros de obras entendidos tanto en los materiales y en tasar como en cuestiones urbanísticas necesarias para llevar a buen puerto las directrices de las autoridades. Las labores de tasación podían implicar en muchos casos no sólo la necesidad de que el tasador supiese valorar lo tasado, y para ello tuviese que disponer de un conocimiento en materiales, coste de mano de obra, valores del momento, etc., sino también, y nos referimos a los casos de valoración de solares, casas o saldedizos que debían ser derribados, la posesión de una capacidad urbanística que a medida que transcurría el tiempo más necesaria se manifestaba. Cabría citar aquí el caso de Joan del Poyo y sería conveniente aludir al documento de 1418 en el que se pone de relieve la relación de estos maestros con los problemas urbanísticos del momento y la consideración de sus opiniones. En ese año un tal Jordi Johan reclama la indemnización correspondiente al derribo de la fachada de su casa, indemnización que el Consejo Municipal está dispuesto a concederle siempre y cuando respete la línea de retroceso que el maestro Joan del Poyo y otros determinaron para la misma (SERRA. 1994, p. 113).

A medida que la población aumentaba las autoridades se encontraron frente a un problema cuya solución urgía cada vez más, el problema de los

alcantarillados. Las aguas residuales circulaban de manera poco saludable desde época musulmana, la labor de los romanos en esta materia no se había continuado y los alcantarillados existentes resultaban insuficientes para la ciudad. A partir de mediados del siglo XIV, las autoridades municipales decidieron ampliar la red de desagües, el Valladar Nuevo en 1351, el Valladar de la Boatella en 1384, el de la Xarea en 1392, el de la calle de San Vicente en 1397, etc., fueron el resultado de tales propósitos. Enmarcado en ese espíritu urbanístico tendríamos que colocar la actuación de la *Sotsobrería de murs i valls*, al cargo del mantenimiento en buen estado de los caminos, acequias, partidores o puentes. La consideración de estos temas como verdaderamente importantes explica que para tales empresas no se dudase en contratar a cuantas personas les hiciese falta para verlas hechas realidad y que, dentro de ese conjunto de gente trabajadora, nos tropecemos en muchos casos con aquéllos que en su día recibieron el título de maestros, tal como consta en los libros consultados; a simple vista esto es algo que sin duda sorprende al lector actual ya que todos nosotros partimos, casi sin excepción, con una serie de prejuicios, resultado de la contemplación de las figuras del arquitecto e ingeniero actuales, de sus atribuciones y reconocimientos, que no nos ayudan demasiado en la comprensión de esos artífices medievales. Uno de los casos más significativos es el que se refiere al adobo de caminos; estas tareas de reparación actualmente las ejecutan personas de la órbita de la construcción que no necesariamente tienen que poseer una cualificación especial; sin embargo, su labor viene determinada por unos planes previos producto de una mente diseñadora. En el periodo que aquí se trata la diferencia sustancial estriba en que esa mente era al mismo tiempo parte integrante en la ejecución manual. También las cruces terminales, aquellas cruces monumentales de piedra que se levantaban en los caminos principales que conducían a Valencia se encargaban a personas de prestigio dentro del mundo de la construcción. Otro de los cometidos llevados a cabo por los distintos maestros y en el que, al igual que en el caso de los caminos reales, las autoridades de la ciudad ponían verdadero empeño, era el relativo a las acequias; lo que conllevaba no sólo su limpieza sino también la ejecución de puentes sobre las mismas o la ubicación óptima de partidores en ellas. La *Sotsobrería de murs i valls* se hacía cargo de los puentes que se levantaban sobre las marjales que rodeaban la ciudad, amén de aquellos que lo hacían sobre los caminos reales; el interés que movía a las autoridades a acometer tales empresas era principalmente el de evitar los desperfectos que el paso de animales y personas vadeando las acequias podían ocasionar a los regantes. El riego y las reclamaciones que se suscitaban entre los regantes preocupaban a las autoridades y la cuestión de los partidores también tenía que ver con ello, ya que éstos además de dividir aguas hacían lo mismo con los grupos de personas que se servían de ellas para su trabajo cotidiano. El

que un partidor estuviese bien nivelado era cuestión primordial y por ese motivo los llamados *llivelladors* eran requeridos para emitir su consejo u orientar a pie de obra. Aquel que ostentaba el título de «maestro de los partidores» podía sentirse orgulloso de la labor realizada, este sería el caso de un tal Pere Raell al cual se le cita en diversas ocasiones a lo largo de 1392 bien como *mestre* (AMV: SMV, d «3»-2, f. 234v.), bien como *mestre dels partidors* (AMV: SMV, d «3»-2, ff. 215 y otros). Caminos y acequias se constituían en parte de las preocupaciones de las autoridades ciudadanas inmersas en su afán por mantener y potenciar una situación envidiable proyectando la imagen de ésta hasta donde fuese posible. Ya en el año 1396 se llevaron a cabo una serie de provisiones municipales para mantener en buenas condiciones los caminos; se trataba de elegir a una persona que, según el Consejo Municipal, debía ser *persona de be o bona persona* que se encargase de vigilar y evitar el deterioro de los caminos por causa de la negligencia de los *cequiars* o del uso de los propios regantes, pues ni el *mustasaf* ni el *sotsobrer* se hacían el cargo necesario (AMV: MC, A-21, ff. 40). Y en el año 1440 la preocupación de este organismo por mantener bajo control el asunto de las acequias queda reflejado en el siguiente documento:

«Item atenent que davant lo portal de Sent Vicent havia una cequiola o escorredor que passa davant les portes de les cases que està en lo raval o camí de Sent Vicent e descorre en lo vall, e per aquella dita cequiola entrava en lo dit vall molt fem e altres brotures, e axí mateix atés que en la dita cequiola se seguien molts sinistres e escàndels per tal feu cobrir aquella fahent caxers de morter e reble e cobrint aquella de loses, e d'altre part feu aplanar I troç de revall per lo qual passa lo dit escorredor metent en lo dit troç de vall lo tarquin e pedres qui del dit vall eren exides a fi que tot l'enfront del dit portal fos met e hagués plaça a una part e altra per embellir l'entrada de la dita ciutat e començant a fer les dites coses feren hi fahena los següents...» (AMV: SMV, d «3»-44, f. 28v.).

El empeño constructivo-urbanístico, que desde mediados del siglo XIV y durante el siglo XV no hizo más que incrementarse, explica por un lado las empresas acometidas en la Valencia de ese periodo y por otro, la necesidad de una mano de obra disponible y capaz de dar forma a esos ideales. La transformación de la ciudad al socaire de las circunstancias implica la existencia de unos recursos económicos para hacer frente a los gastos que se desprendían de tal labor; no todo el dinero salía de las arcas municipales, en ocasiones los propios vecinos se hacían cargo de una parte de los gastos a modo de compensación por el beneficio que les reportaban ciertas reformas urbanas, como la alineación de fachadas o la eliminación de saledizos contiguos a sus viviendas. A pesar de ello, y por lo que toca al erario municipal, el Consejo Municipal no escatimó en gastos; siempre atento a conseguir sus fines se rodeó de los mejores profesionales en materia constructiva, perso-

najes que lo mismo podían trabajar en una obra civil que en una religiosa y que, casi con total seguridad, desplegaron sus conocimientos tanto en construcciones públicas como en construcciones privadas, que podían ejercer su labor en trabajos de distinta índole, desde la reforma de un simple muro hasta la construcción de obras tan emblemáticas como pueden ser las torres de los Serranos. Eran los maestros de obras medievales, mecanismos de respuesta para una época y cuyo ejercicio laboral se caracteriza por una variedad incuestionable.

BIBLIOGRAFÍA.

AAVV (1988): *Història de l'art valencià*. Vol. II. «L'edat mitjana: el gòtic». Valencia. Consorci d'editors valencians S.A.

AAVV (1989): *Història del País Valencià. De la Conquesta a la Federació Hispànica*. Vol. II. Barcelona. Edicions 62.

ALDANA FERNÁNDEZ, S. (1970): *Guía abreviada de artistas valencianos*. Valencia.

ALCAHALÍ (1897): *Diccionario biográfico de artistas valencianos*. Valencia. Imprenta de Federico Doménech.

ALMELA Y VIVES, F. (1959): Pere Balaguer y las Torres de los Serranos. *Archivo de Arte Valenciano*. Valencia, pp. 27-39.

CÁRCEL ORTÍ, M. (1992): Vida y urbanismo en la Valencia del siglo XV. *Miscel·lània de textos medievals*. Tomo VI. (Consell Superior d'Investigacions Científiques. Institució Milá i Fontanals. Unidad estructural d'investigació d'estudis medievals). Barcelona, pp. 255-644.

CÁRCEL ORTÍ, M. TRENCHS ODENA, J. (1985): El Consell de Valencia: disposiciones urbanísticas (siglo XIV). *La ciudad hispànica durante los siglos XIII al XVI*. Tomo II. (Universidad Complutense). Madrid, pp. 1481-1545.

CARRERES ZACARÉS, S. (1925): *Ensayo de una bibliografía de libros y fiestas celebradas en Valencia y en su antiguo Reino*. Vol.: Documentos. Valencia.

CARRERES ZACARÉS, S. (1927): Cruces terminales de la ciudad de Valencia. *Archivo Arte Valenciano*. Valencia, pp. 83-108.

CEAN BERMÚDEZ, J. A. (1965): *Diccionario histórico de los más ilustres profesores de las Bellas Artes en España*. Tomo II. Reales Academias de Bellas Artes de S. Fernando y de la Historia. Madrid. Imprenta de la viuda de Ibarra, 1800.

CONDE DE LA VIÑAZA (1889): *Adiciones al Diccionario histórico de los más ilustres profesores de las Bellas Artes en España de D. Juan Agustín Cean Bermúdez*. Tomo I. Edad Media. Madrid. Tipografía de los Huérfanos.

DE HONNECOURT, V. (1991): *Cuaderno. Siglo XIII*. Madrid. Akal.

FALOMIR FAUS, M. (1995): *Actividad artística en la ciudad de Valencia (1472-1522). La obra de arte, sus artífices y comitentes*. Tesis Doctoral -Inédita-. (Consell Superior d'Investigacions Científiques. Departamento de Historia del Arte. Centro de Estudios Históricos).

FALOMIR FAUS, M. (1991): El proceso de «cristianización urbana» de la ciudad de Valencia durante el siglo XV. *Archivo Arte Español*. Nº 254, Madrid, pp. 127-139.

GLICK, T. (1988): *Regadío y sociedad en la Valencia medieval*. (Del Cenja al Segura). Valencia.

KIMPEL, D. (1986): La sociogenèse de l'architecte moderne. *Artistes, artisans et production artistique au Moyen Age*. Vol. I: Les Hommes. Picard, París. Barral i Altet, pp. 135-161.

KOSTOF, S. (1984): *El arquitecto: Historia de una profesión*. Madrid. Cátedra.

LE GOFF, J. (1983): Tiempo de la iglesia y tiempo del mercader en la Edad Media y El tiempo del trabajo en la «crisis» del siglo XIV: del tiempo medieval al tiempo moderno. *Tiempo, trabajo y cultura en el Occidente Medieval*. Madrid. Taurus, pp. 35-75.

LLAGUNO Y AMIROLA, E. (1977): *Noticias de los arquitectos y arquitectura de España desde su restauración*. Tomo I. 1829. Madrid. Turner.

LLOBREGAT, E.; YVARS, J.F. (1986): *Història de l'art al País Valencià*. Vol. I. Valencia. Tres i quatre.

MENJOT, D. (1980): Los trabajos de la construcción en 1400: primeros enfoques. *Miscelánea Medieval Murciana*. VI, pp. 11-56.

ORELLANA, M.A. DE (1967): *Biografía Pictórica valentina o vida de los pintores, arquitectos, escultores y grabadores valencianos*. Valencia. Ayuntamiento de Valencia.

ROCA TRAVER, F.A. (1983): *El tono de la vida en la Valencia medieval*. (Sociedad Castellonense de Cultura. Obras de Investigación Histórica LX). Castellón de la Plana.

RUBIO SEMPER, J.M. (1985): La figura del arquitecto en el periodo gótico. Relaciones entre España y el resto de Europa. *Boletín del Museo e Instituto Canón Aznar*; XXII, pp. 101-115.

SÁNCHEZ VERDUCH, M. (1996): *El maestro de obras o la práctica de la arquitectura en la Valencia gótica de 1350 a 1480. Aproximación a su estudio*. Tesis de Licenciatura. (Inédita). Facultad de Geografía e Historia. Universidad de Valencia. Valencia.

SANCHIS GUARNER, M.(1972): *La Ciutat de València. Síntesi d'Història i de geografia urbana*.(Cercle de Belles Arts). Valencia.

SANCHIS SIVERA, J. (1909): *La Catedral de Valencia*. Valencia.

SANCHIS SIVERA, J. (1933): Arquitectos y escultores de la Catedral de Valencia. *Archivo de Arte Valenciano*. Vol. XIX. Valencia, pp. 3-24.

SANCHIS SIVERA, J. (1933): Arquitectura urbana en Valencia durante la época foral. *Archivo de Arte Valenciano*. Valencia, pp. 3-32.

SANCHIS SIVERA, J. (1926): Maestros de obras y lapicidas valencianos en la Edad Media. *Archivo de Arte Valenciano*. Valencia, pp. 23-52.

SCHÖLLER, W. (1989): Le dessin d'architecture a l'époque gothique. *Les Bâtisseurs des Cathédrales Gothiques*. (Musees de la ville de Strasbourg). Strasbourg, pp. 227-236.

SERRA DESFILIS, A. (1991): La belleza de la Ciudad. El urbanismo en Valencia, 1350-1410. *Ars Longa*, 2. Valencia, pp. 73-80.

SERRA DESFILIS, A. (1993): El Consell de Valencia y el embelliment de la Ciutat, 1412-1460. *Primer Congreso de Historia del Arte Valenciano*. Mayo, 1992. Actas. Valencia, pp. 75-79.

SERRA DESFILIS, A. (1994): Al servicio de la ciudad: Joan del Poyo y la práctica de la arquitectura en Valencia (1402-1439). *Ars Longa*, 5. Valencia, pp. 111-119.

ZARAGOZA CATALÁN, A. (1993): El arte del corte de piedras en la arquitectura valenciana del cuatrocientos. Francesch Baldomar y el inicio de la estereotomía moderna. *Primer Congreso de Historia del Arte Valenciano*. Valencia, pp. 97-104.

FUENTES DOCUMENTALES.

ARCHIVO MUNICIPAL DE VALENCIA. (= AMV).

Sotsobrería de murs i valls (= SMV). Libros de cuentas.

d(3)-2	Año	1390
d(3)-4	Año	1391
d(3)-5	Año	1393
d(3)-11	Año	1399-40
d(3)-12	Año	1400
d(3)-13	Año	1401-02
d(3)-15	Año	1403-04
d(3)-17	Año	1406-07
d(3)-26	Año	1419-20
d(3)-52	Año	1450-51
d(3)-54	Año	1452-53
d(3)-57	Año	1455-56
d(3)-58	Año	1456-57
d(3)-61	Año	1461-62
d(3)-68	Año	1468-69
d(3)-72	Año	1474-75

Manuels de Consells (=MC).

A-32 Años 1438-44

Clavería Comuna.

O- 12 Años 1429-30

ARCHIVO DEL REINO DE VALENCIA (=ARV)

Real Patrimonio.

Bailía (libro). Sig. 46 (microfilm) 04-03-1441